

es una cosa que se burla del viento y de la marea.

El mozo se metió las cartas en el bolsillo, volvió á coger la vara del carreton y siguió su camino hácia la ciudad.

Mess Lethierry llamó: ¡Dulce! ¡Gracia!

Gracia entreabrió la puerta.

—¿Qué me mandais, mess?

—Entra, y aguarda.

Mess Lethierry cogió un pliego de papel y se puso á escribir. Si Gracia, en pie detrás de él, hubiese sido curiosa y adelantado la cabeza mientras él escribía, hubiera podido leer por encima de su hombro lo siguiente:

«Escribo á Brema para que se me proporcione madera.

»Tengo citas todo el dia con carpinteros para el avaloro.

»La construccion marchará de prisa. Tú, por tu parte,

»vete á casa del dean para obtener las dispensas. Deseo

»que el matrimonio se haga cuanto antes; si puede ser,

»hoy mismo. Yo me ocupo de Duranda, ocúpate tú de

»Deruchette.»

Puso la fecha y firmó. LETHIERRY.

No se tomó la molestia de cerrar la carta. No hizo mas que doblarla, y se la entregó á Gracia.

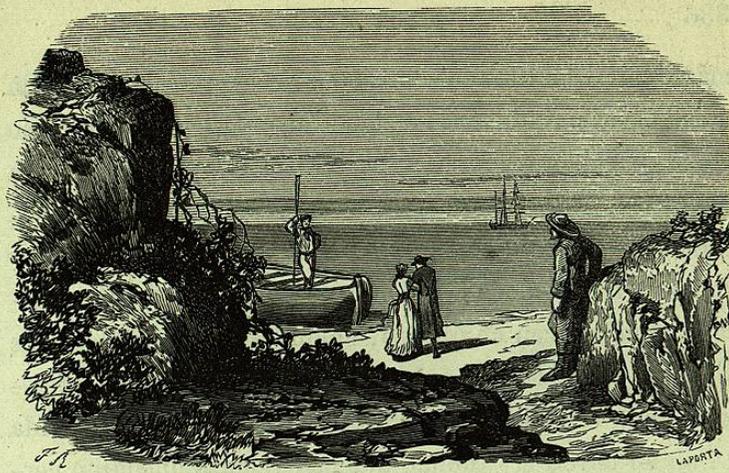
—Lleva esto á Gilliatt.

—¿Al Bú de la Calle?

—Al Bú de la Calle.

LIBRO TERCERO

PARTIDA DEL CASHMERE.

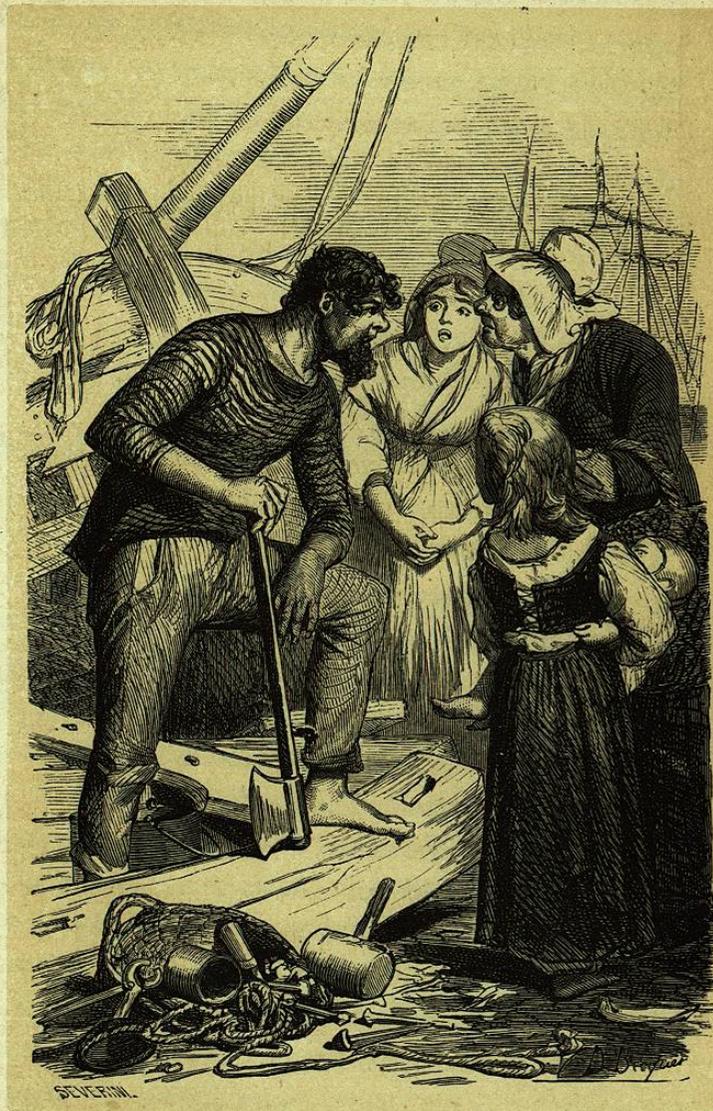


I.

EL HAVELET MUY CERCA DE LA IGLESIA.

Saint-Sampson no puede tener gente sin que Saint-Pierre Port quede desierto. Una cosa curiosa en un punto dado es una bomba aspirante. Las noticias circulan con rapidez en los países pequeños. Desde la salida del sol, ir á ver la chimenea de la Duranda debajo de las ventanas de mess Lethierry era el gran negocio de Guernesey. Delante de este acontecimiento se habian disipado todos los otros. Eclipse de la muerte del dean de Saint-Asaph; ya nadie se acordaba del reverendo Ebenezer Candray, ni de su repentina riqueza, ni de su partida en el *Cashmere*. La

máquina de la Duranda traída de los Douvres, tal era la órden del día. Nadie creía en tan gran milagro. El naufragio había parecido extraordinario, pero el salvamento parecía imposible. Todos para creer necesitaban ver. La preocupación era general. Largas procesiones de gentes acomodadas y no acomodadas, hombres, mujeres, familias enteras, madres con chiquillos, chiquillas con muñecas, se dirigían por todos los caminos á los Bravées para cerciorarse de la verdad con sus propios ojos, y volvían la espalda á Saint-Pierre Port, donde muchas tiendas quedaron cerradas. En Commercial-Arcade, la paralización de los negocios era absoluta; toda la atención estaba absorbida por la Duranda; ni un solo vendedor se había «estrenado,» esceptuando un joyero, que estaba asombrado porque había vendido una sortija de oro para matrimonio «á una especie» de hombre que le había preguntado de una manera muy «apremiante, como si tuviese mucha prisa, dónde vivía el «señor dean.» Las tiendas que permanecían abiertas eran puntos de reunión y de charla en que se comentaba de mil maneras el milagroso salvamento. No había un solo paseante en la Hijoreuse, llamada actualmente, sin saber por qué, Cambridge-Park; nadie había tampoco en High-Street, que se llamaba entonces la Grand Rue, ni en Smith-Street, que se llamaba entonces la calle de las Forges; nadie en Hauteville, y hasta la misma Esplanada estaba desierta. Parecía domingo. Una alteza real pasando revista á la milicia de la Anresse no hubiera vaciado mejor la población. Tanto bullicio provocado por un nadie



LOS VECINOS DE SAINT-SAMPSON.

como Gilliatt hacia encogerse de hombros á las personas graves y á los hombres correctos.

La iglesia de Saint-Pierre Port, con sus tres cimborios y sus flechas, se halla á la orilla del mar en el fondo del puerto, casi en el mismo desembarcadero. Da la bienvenida á los que llegan y el adios á los que se van. Es la letra mayúscula de la larga línea que forma la fachada de la ciudad que da al Océano.

Es al mismo tiempo parroquia de Saint-Pierre Port y deanato de toda la isla. Tiene por ecónomo al coadjutor del obispo, clérigo de muchas campanillas con plenos poderes.

El ancon de Saint-Pierre Port, actualmente muy hermoso y muy ancho puerto, era á la sazón, y aun no hace diez años, menos considerable que la ensenada de Saint-Sampson. Lo formaban dos gruesos murallones ciclópeos curvos que, partiendo de la playa á estribor y á babor, se juntaban casi en su estremidad, donde habia un faro blanco. Debajo del faro una boca estrecha, que conserva aun la doble argolla de la cadena con que se cerraba en la edad media, daba paso á los buques. Figurémonos una tenaza de langosta medio abierta, y nos habremos formado una idea exacta del ancon de Saint-Pierre Port. Aquella tenaza tomaba del abismo un poco de mar al cual obligaba á permanecer tranquilo. Pero soplando el viento del Este, habia marejada en la boca del puerto, éste se picaba, y lo mas prudente era no entrar en él, que es lo que habia hecho el *Cashmere*, el cual fondeó en bahía.

Los buques, cuando el viento es levante, suelen tomar este partido con que, amen de todo lo demás, se economizan los gastos de puerto. En tal caso, los bateleros comisionados de la ciudad, valiente tribu de marinos que el nuevo puerto ha destituido, embarcaban en sus lanchas, ya en el embarcadero, ya en las estaciones de la playa, á los viajeros, y los trasportaban con sus equipajes, por grueso que estuviese el mar y siempre sin accidente, á los buques que partian. El viento del Este es un viento de costado, muy bueno para la travesía de Inglaterra; con el viento de costado todas las velas toman; se navega á un largo ó á bolina, y hay mucha inclinacion lateral del buque, pero no hay arjadas. La embarcacion cabecea poco.

Cuando la embarcacion en marcha estaba dentro del puerto, en éste se embarcaban todos los pasajeros; pero cuando estaba en bahía, podian embarcarse en cualquiera de los puntos de la costa próximos al fondeadero. En todas las ensenadas habia bateleros «á discrecion.»

Una de estas ensenadas era el Havelet. Havelet, diminutivo de havre, que significa ancon, estaba muy cerca de la ciudad, pero tan solitario como si estuviera muy lejos. Debia su soledad al encajonamiento de los altos acantilados del fuerte George que le dominan. Se llegaba al Havelet por varias sendas. La mas directa corria á lo largo de la orilla, y si bien tenia la ventaja de conducir á la ciudad y á la iglesia en cinco minutos, ofrecia el inconveniente de estar cubierto por el agua dos veces al dia. Las demás sendas, mas ó menos ásperas, se hundian en

las escabrosidades de los tajos de peñas. El Havelet, hasta en medio del dia, se hallaba en una penumbra. Pedruscos inclinados colgaban de todas partes. Un bosque de espinos y malezas se enmarañaba y formaba una especie de noche apacible en el desorden de las rocas y de las olas; nada mas pacífico que el Havelet en tiempo de calma, nada mas tumultuoso que él en dias tempestuosos. Habia en él puntas de ramas perpétuamente mojadas por la espuma. En la primavera se llenaba de flores, de nidos, de perfumes, de pájaros, de mariposas y de abejas. Gracias á los trabajos recientes, ha perdido su aspecto salvaje, que ha sido reemplazado por bellas líneas rectas, formadas de caseríos, malecones y jardines. Se ha desmontado el terreno, y el buen gusto ha dado buena cuenta de las extravagancias de la montaña y de la incorreccion de las rocas.